

Heráclito en Latinoamérica

● Angel J. Cappelletti, *La filosofía de Heráclito de Efeso*. Caracas, Monte Avila Editores. C. A., 1971, 177 pp.

● Angel J. Cappelletti, *Los fragmentos de Heráclito*. Caracas, Editorial Tiempo Nuevo, S. A., 1972, 139 pp.

EN el poema, tan hermoso como curioso (por suyo), en que Francisco Romero cantó a Heráclito el Oscuro, uno de los versos dice: "Tú, de Tales a Kant, fuiste el único hereje". Del contexto de aquella extasiada exaltación lírica, "desde este rincón del sur americano", fluita la convicción de que a la ortodoxia eleata (digamos así ya que se habló de herejía), había seguido la ortodoxia efesia.

Cabe admitirlo. Pero con toda conciencia del extremado convencionalismo del uso aquí del término ortodoxia. Hegel había dicho (con evidente exageración): "No hay una sola proposición en Heráclito que yo no haya adoptado en mi *Lógica*". Aparte de hegelianos y neohegelianos de ayer y de hoy, al santuario de Artemisa (donde según la leyenda depositó Heráclito su perdido libro), han acudido por muy diversos senderos de devoción o de consideración, pensadores tan dispares como, en el siglo pasado, Kierkegaard o Nietzsche, Marx o Lasalle; y en éste, Spengler o Heidegger, Lenin o Berdiaeff, Peregrinaje de vitalistas, fenomenólogos, existencialistas, marxistas, historicistas. O, dicho en una escueta antítesis, de más uso aunque no más fiel, idealistas y materialistas. (1) Simbólico resulta que no ya por distintas, sino por opuestas vías, se ingrese y se circule entre los dispersos "fragmentos" del filósofo de la identidad de "los contrarios".

De tal ortodoxia, no excluyente de formas de beatería, es que se trata. El lejano hereje, es de ese modo que ha pasado a ser el tal vez más universal patrono filosófico del tiempo nuestro y de los próximos. Sucesivas moradas tiene su santuario, de las cuales sólo dos son las más accedidas. El atrio o propileo, encuentro de todos, es el devenir; en orden sensiblemente decreciente, la dialéctica. Después, las moradas más herméticas, por laberínticos pasajes que divergen. Paradojal es que aquellos dos términos, responsables mayores, en cuanto puros términos genéricos, de la universalización de Heráclito, no pertenecen a su léxico.

Queda señalada con eso la importancia que asume la aclaración, o esclarecimiento, del Oscuro. La caudalosa bibliografía moderna aplicada a ello, ha corrido por dos grandes vertientes, o en torno a dos grandes cuestiones:

la filológica y la filosófica. En el punto de partida de una y otra se hallan, respectivamente, en la primera década del XIX, Schleiermacher y Hegel. Una y otra corriente se entrecruzan a menudo, porque sólo parcialmente son separables ambas cuestiones. En el caso, los filólogos se ven obligados a hacer filosofía, y los filósofos, filología. En el plano filológico la cuestión ha sido fijar, por un lado, los testimonios sobre la vida de Heráclito y sobre la forma y el contenido de su obra (biografía y doxografía); por otro, los fragmentos, auténticos o dudosos, salidos de su pluma. En el plano filosófico la cuestión ha sido lograr, bajo el obligado condicionamiento de aquella fijación de textos, la más cabal comprensión de su pensamiento. Inacabables tareas, una y otra, por más que se hayan realizado gigantescos progresos merced a ingentes empeños de erudición y de crítica.

Desde otro punto de vista, existe todavía una labor adicional: la traducción a los distintos idiomas modernos, de los textos clásicos originarios. Labor adicional de significación enorme y delicadeza y responsabilidad sumas. El alemán y el inglés han llevado la delantera. De los otros tres grandes idiomas filosóficos occidentales, el francés, el italiano y el español, este último no ha quedado a la zaga. Y en ello ha tenido Latinoamérica parte principalísima, aunque no siempre por obra de latinoamericanos de origen. Paralelamente a esa labor de traducción, numerosos estudios filosóficos heracliteanos se han producido en nuestras tierras.

Valga la rareza histórica, ya en 1665 había aparecido en México un libro del jesuita Vieyra con el sugestivo título de *Heráclito defendido*, que dos años antes se había publicado por primera vez en Murcia. (2) Pero es obviamente en nuestro siglo que Heráclito sienta aquí sus reales. En 1915 publicó Korn una versión de los Fragmentos. De 1940 en adelante, otras diversas versiones (entre las cuales las de García Bacca y Gaos) y muy distintos trabajos ven la luz. Hasta que, en estos últimos años, tres orgánicas empresas bibliográficas marcan (o inauguran), un nuevo relevante ciclo de la presencia en Latinoamérica del filósofo de Efeso.

En 1966, Siglo XXI, de México, publicó, con prólogo de Risieri Frondizi, *Heráclito. Textos y problemas de su interpretación*, de Rodolfo Mondolfo. Frisando los 90 años, el sabio italo-argentino condensaba en 350 densas páginas sus largos desvelos heracliteanos, expuestos en tantas publicaciones europeas y americanas. En

1967, la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, publicó en griego *Heráclito* (Edición Maior, 665 pp.), del venezolano M. Marcovich; y en 1968, el mismo autor, en griego y español (Edición Minor, 150 pp.). Para ese entonces era ya Marcovich, como Mondolfo, autoridad universalmente reconocida en la materia.

Ahora, en 1971 y 1972, respectivamente, publicados en Caracas, los dos libros del argentino Angel J. Cappelletti que han prefaceado esta nota. En el primero, la cuestión filosófica del pensamiento; en el segundo, la cuestión filológica de los textos, bajo el ángulo de la lengua española. No se trata aquí, propiamente, de reseñarlos. Pero sí de decir alguna palabra sobre su autor, y de dejarlos situados en esta esquemática referencia al interés latinoamericano por Heráclito.

Nacido en Buenos Aires en 1927, Cappelletti enseñaba filosofía en Rosario cuando el golpe de Onganía contra las Universidades argentinas lo arrojó a nuestras playas. Actuó en nuestra Universidad de 1966 a 1968. Todos pudimos apreciar entonces su excepcional valía intelectual y humana. Cuando llegó, amplia era ya su producción. Aquí siguió escribiendo y publicando libros, como luego en Caracas, donde actúa desde 1969. Siendo su especialidad la filosofía antigua y medieval, su bibliografía no deja de incluir algunos de los más vivientes temas contemporáneos. Cumplido erudito, sabe serlo como hombre de su tiempo.

En cuanto a su dedicación al patriarca pre-socrático, se remonta a su tesis doctoral, en Buenos Aires, 1954. Vinculado siempre al tema, en 1968 tradujo los *Testimonios y los Fragmentos*. Ahora, en 1971 y 1972, refundiendo y ampliando sus trabajos anteriores, nos ofrece en dos libros lo que en el fondo (como el libro de 1966 en el caso de Mondolfo), es una sola obra: su interpretación de Heráclito y su versión castellana del mismo. Enriquecen ellos con honor la ya magnífica literatura continental en torno a las oscuras fuentes del Oscuro. Y en una materia donde la confrontación de versiones resulta obligada, se vuelven en todo el ámbito de lengua española invalorable instrumentos de trabajo.

ARTURO ARDAO

1. Mientras Hegel entendía incorporar la totalidad de las sentencias de Heráclito a su idealismo dialéctico, en los *Cuadernos filosóficos* dirá Lenin del fragmento 30: "Muy buena exposición de los principios del materialismo dialéctico".

2. Según el brasileño D. Berge, citado por Cappelletti.

LA OPORTUNIDAD HISTORICA

● Nicos Poulantzas: *FASCISMO Y DICTADURA*. México, 1971, 427 pp. (Distribuye A. Latina.)

ESTE libro de Poulantzas se distribuye aquí en el momento más oportuno. Su contenido coincide, en lo fundamental, con las preocupaciones centrales de una variada gama de militantes y movimientos políticos del país. El conocimiento y la interpretación de la actitud de la Tercera Internacional frente al fascismo —núcleo temático del ensayo— no sólo es pertinente sino, incluso, eventualmente decisivo.

En el orden político la mitad del problema consiste en la determinación lúcida del significado inmediato y del alcance mediano de las situaciones dadas, de la evaluación acertada del poder y los objetivos de las fuerzas en pugna. En este nivel, la Tercera Internacional erró. No supo dar la batalla contra el fascismo. Perdió no por carecer de fuerza sino por no saber cómo y dónde aplicarla. Cometió los errores de dirección que descalifican históricamente a las vanguardias políticas.

Como, incluso en situaciones disímiles, se pueden reiterar errores, y como el problema del enfrentamiento al fascismo es, también para nosotros, una realidad actual hoy corresponde más que nunca tener en cuenta toda la experiencia histórica (una parte de la cual se reproduce críticamente en esta obra).

La consigna que dice "el fascismo no pasará", puede ser, junto con otras, de lo más acertada. Pero el problema no se sitúa principalmente al nivel de

la afirmación o de la consigna. El problema es si el fascismo es detenido o no cuando aparece, e incluso si es detenida o no cualquier variante emparentada de la dictadura política (porque podemos pasarnos la vida entera gritando que el fascismo no pasará cuando los que mandan no hacen de dicho régimen, en sentido estricto, su objetivo, porque les sirve más una forma equivalente de dictadura).

Los arrepentimientos tardíos, por otra parte, si bien pueden tener una repercusión positiva en los sucesos del futuro no borran, obviamente, los desastres ya ocurridos (con sus secuelas de larga duración).

Dimitrov, en su célebre informe al VII Congreso de la Internacional (1935) reconoció (y puso en evidencia) gran parte de los errores cometidos. Pero ese reconocimiento llegó tarde para la Europa dislocada por el fascismo triunfante. Sus advertencias, no obstante, han tenido un enorme valor en situaciones posteriores. Hemos visto, sin embargo, cómo los principios fundamentales de la estrategia antifascista elaborados por Dimitrov no han sido respetados en algunos casos recientes.

De ahí que el repaso prolijo de toda la experiencia vivida a escala internacional junto con el examen teórico exigente de las particularidades del fascismo, tenga para nosotros una indudable proyección de coyuntura. Para ese repaso y ese examen viene muy bien este ensayo de Nicos Poulantzas.

Una gran parte del trabajo está dedicada a la crítica de las posiciones de la Tercera Internacional y, en particular, del Partido Comunista Alemán y

del Partido Comunista Italiano. La subestimación del fascismo en su fase ascendente, la equivocada determinación de su naturaleza de clase y de su inserción en la lucha social, el desentono (especialmente en el caso del PCA) acerca del enemigo principal (que llegó al extremo de la calificación de la socialdemocracia como movimiento social-fascista), el abandono de la concepción leninista del frente único, la errónea caracterización de la situación económica en curso y de las alteraciones en la estructura del poder, y otra serie de equivocaciones correlativas, son remitidas por el autor a tres desviaciones básicas u originarias: el economismo, la ausencia de una línea de masas y el abandono del internacionalismo proletario.

Esta parte del análisis —con todos los aciertos y afirmaciones discutibles que puede contener, y en efecto contiene— sirve para explicar las causas de la derrota. La siguiente (aunque no en el orden formal de la obra) hace un examen escrupuloso de lo que el fascismo fue en realidad y de las formas de enfrentarlo.

Para eso se recurre a su ubicación en el período histórico (en la fase imperialista, de reconquista de la hegemonía en el bloque en el poder por parte de la burguesía monopolista), a distintas referencias sobre la crisis político-ideológica en que se produce su emergencia.

Las tesis generales son confrontadas con el análisis particular de Alemania e Italia (desde la guerra en adelante y de acuerdo a una periodización interesante), los eslabones más débiles —aparte del ruso— de la cadena imperialista; tiene especial importancia el análisis de las relaciones del movimiento fascista y luego del estado fascista con las diferentes clases sociales (esta parte es, quizás, una de las más ricas, en especial la que tiene que ver

con el papel de la pequeña burguesía). La obra culmina con un recuento detallado de las características del estado fascista en funcionamiento: particularmente acerca de las relaciones del aparato del estado en sentido estricto (burocrático-militar) con los aparatos ideológicos de estado (esta parte contiene la mayoría de los errores y los aspectos más discutibles de todo el trabajo).

El autor maneja en el fondo un esquema de acuerdo al cual el fascismo puede ser clasificado, junto con la dictadura militar y el bonapartismo, dentro de los regímenes de excepción del estado capitalista (no funda suficientemente su concepto sobre la "excepción"), correspondientes a una crisis política (crisis de hegemonía), derivada de una transformación económica por la que fueron desplazadas las viejas clases y fracciones dominantes por una nueva: el capital monopolista.

La obra, en conjunto, es rica y compleja. No es nuestro propósito proceder a la crítica de cada una de las tesis teóricas e históricas (algunas francamente reveladoras, otras tributarias de esquematismos hoy compartidos por otros marxistas prominentes o propios de Poulantzas) que enlaza en sus cuatrocientas páginas (por cierto, exposición más sencilla y directa que la de ensayos anteriores, aunque sin llegar todavía a liquidar ciertas complicaciones expositivas meramente formales). El material tiene indudable interés para el estudio de las diversas formas de la dictadura política (lo que no constituye el propósito del autor) y de la combinatoria resultante. Por otra parte el autor ha sabido rescatar críticamente una serie de pautas sobre las formas de resistencia al fascismo, expuestas principalmente por Gramsci, Trotski y Dimitrov. Y éste es uno de sus mayores méritos.

ENRIQUE RUBIO